



DEBERES MUNICIPALES.

HEMOS llegado á una época en la que con razón sobrada debe uno alegrarse de que haya hombres para todo; y efectivamente los hay, puesto que ninguno de los papeles de la gran comedia humana deja de representarse por falta de actor. De la diversidad de caracteres, de gustos, de aspiraciones y de criterios resulta una de las armonías más admirables de la vida. Hay quienes aceptan sin esfuerzo y hasta por vocación las más ridículas

posiciones y los papeles más abyectos. ¡Oh armonía utilísima! ella permite que mientras hay bien pocos hombres que aspiran á ser reyes, hay muchos pueblos que se matan porque los mande un rey; ella tiene á reserva un grupo de hombres cuyo sueño dorado es optar la plaza de verdugo oficial; otro grupo de personas que prefieren divertir á los demás en vez de que á ellos los diviertan, y de aquí salen los cómicos, los músicos, los maromeros y Bell; y aún entre los mismos músicos hay quienes nacen con una vocación decidida para tocar los platillos, los timbales, el contrabajo, ó esas trompas que en forma de boa constrictor de latón rodean el dorso del pobre hombre que sopla. ¿Qué sería de nosotros si todos aspirásemos á ser presidentes ó primeros violines, destruyendo así esa sabia armonía de las aspiraciones y los gustos? ¿qué haría el mundo sin vasallos, sin verdugos y sin música? ¿Y cómo sería posible encontrar en México quien aceptase de grado el difícil papel de regidor? Pero ello es que merced

á esa armonía, que no nos cansaremos de celebrar, se elije cada año una corporación municipal completita, con su presidente, sus concejales y sus síndicos, cuyo primer acto de abnegación consiste, al tomar el hábito como los capuchinos, en desprenderse de todas sus galas profanas borrándose de la suscripción de los periódicos, si los leían, en quebrar con los amigos de confianza capaces de decirles la verdad, y, armándose de una resignación estóica, aguantar durante trescientos sesenta y cinco días el chubasco de cargos, diatribas, reproches, recomendaciones, pullas, indirectas, interpelaciones y burlas del enconado vecindario de la capital; todo esto de balde, sin que nadie lo agradezca, con su buena reputación un tanto maltrecha y lastimada después de prueba tan dolorosa, y con un solo recuerdo grato en la negra historia de sus tribulaciones y congojas, el de las funciones de teatro que vieron de balde ¡pobres regidores! Después de todo es justo que se diviertan un poco por vía de compensación; pero su suer-

te es tan adversa, que ni ese inocente pasatiempo está exento de reproches y amarguras; van al palco municipal contra la voluntad del público y del empresario; el público protesta hace mucho tiempo contra ese resabio colonial de nuestras costumbres, y los empresarios dan á más no poder el mejor palco á esa autoridad desprestigiada é inútil, impuesta por la rutina; el público considera humillante ese alarde de presidencia innecesaria, disculpable solamente en los buenos tiempos en que empezaba el teatro; pero desconocida en los salones de espectáculos modernos.

Los regidores van á tarde y noche y están muy contentos en su palco y se divierten. ¿Qué familia que no fuera esa, sería capaz de desafiar la pública reprobación y la crítica mordaz contra los que se divierten de balde? pero he aquí los milagros de esa necesaria armonía de las aspiraciones y los gustos, y la cual nos hace exclamar á veces que hay gentes que merecen palos.

Por otra parte, hay que convenir en que

la investidura de regidor en la capital de México, ejerce tal influencia moral en el individuo, que lo hace diferir substancialmente de las personas sin investidura, de las personas simplemente particulares. A las personas particulares les escuece un párrafo de periódico: en primer lugar por que lo leen y luego por que no les gusta ser pasto de habladurías y censuras de la prensa; mientras que á los regidores nada les escuece; primero por que no leen periódicos y luego por que la punta retacha en la individualidad para embotarse en la corporación. Las personas particulares no aceptan una comisión cuando están seguras de que van á salir silbadas; los regidores aceptan la regiduría con la plena convicción del sambenito y la silba diaria. Si en un palco en el teatro se pusiera un letrado que dijera «palco gratis contra la voluntad del público y del empresario» no lo ocuparía nadie por parecer su precio exorbitante. Los regidores se cuelan en ese palco, cuyo letrado está en la conciencia pública, y quedan muy satis-

fechos después de la función y se rien y se divierten y vuelven á la noche siguiente, siendo de notar, que, los regidores, como personas, son todos delicados y susceptibles; pero la investidura oficial basta para hacerles cambiar de criterio durante el ejercicio de sus importantes funciones.

Si no fuera por esta transformación moral, el municipio de la capital debería estar condenado á no pocos tormentos.

Todos los periódicos han tocado la cuestión municipal con más ó menos vehemencia; pero después de cada artículo las cosas vuelven á quedar en el mismo estado. Por nuestra parte no pedimos ya la completa reforma del sistema municipal, por que eso está verde y nos limitamos á indicar algunas pequeñas obras, para las que no se necesita el soñado y olvidado empréstito, sino la conveniente y oportuna inversión de fondos en obras insignificantes de aseo y de conservación.

Hace pocos días por medio de un párrafo en *La Libertad* llamamos la atención del

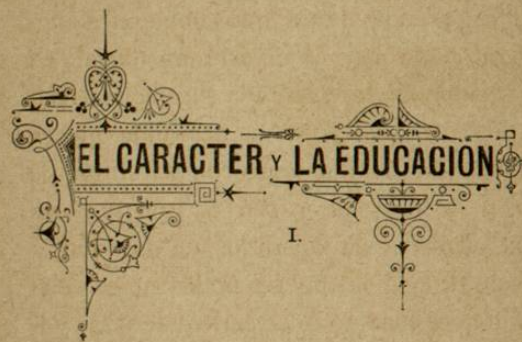
público con motivo de las telarañas que oscurecían el cielo raso del portal de la Diputación. Vemos con gusto que ese párrafo tuvo la fortuna de ser leído, y la indicación que contenía puesta en obra.

Ya hoy no hay telarañas, pero los muros del palacio municipal, dentro del mismo portal, siguen descarnados como las ruínas del Palenque, y los pilares siguen barnizados con la pringue del pueblo. Otro esfuerzo, señores concejales, y á resanar los muros y á desengrasar los pilares. ¿Cómo vá á dictar órdenes sobre aseo de la ciudad la autoridad que vive en un edificio deteriorado, lleno de telarañas y pringoso?

Cuando sus mercedes se hayan dignado emprender esa pequeña obra de reparación y conservación, sírvanse pensar en la calzada que une el jardín del Zócalo con la esquina del portal de Mercaderes, que presenta todas las sinuosidades de un camino real de cabras. Por ese camino del *cabrario* transitan diariamente y sin cesar, sobre imposibles tacones franceses, todas las señoras de

la capital haciendo prodigios de equilibrio.

Si no fueran ellas tan aéreas de suyo y tan vaporosas, de seguro habría de cargar el ayuntamiento con la responsabilidad de muchos accidentes desgraciados. Nos vemos precisados á interesar la galantería de los ediles (prenda moral que suponemos conservan á pesar de la investidura oficial) en la reparación de la calzada susodicha, reparación que por pobre y desvalido que se suponga el ayuntamiento con su millón de pesos, bien puede gastar lo que importe una cuadrilla de operarios en dos días, á efecto de que las pobres pollas no se vean en la necesidad de volar, en vez de pisar, sobre las engañosas ondulaciones de ese tramo del embanquetado municipal, que toca á su fin por todos los ámbitos de la ciudad.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, N.M.



EL CARÁCTER Y LA EDUCACIÓN.

I.

NADA hay más funesto y trascendental para el adelanto de una sociedad que esa pasiva conformidad é indiferencia de las clases superiores, que viene á rayar en optimismo. Difícilmente se encuentran dos personas, siquiera medianamente ilustradas, que no convengan en ideas respecto á los vicios y defectos de nuestro pueblo; los males son claros y palpables, el remedio está en la

mente de todos; y no obstante, el mal se perpetúa.

—No lo crea V., me decía no há mucho un señor gordo que sabe muchas cosas; no tenemos remedio: el mal está en la masa de la sangre y se necesita una nueva generación, que vendrá por cierto muy tarde, para que las cosas cambien radicalmente. No le parece á V. Sr. Facundo? Vamos, yo quiero oír las opiniones de V. á este respecto.

—Con mucho gusto, le contesté, tanto más cuanto que entramos en una materia de suyo trascendental, y que dará sabroso pasto á mis habladurías de los domingos. Desde luego tengo el sentimiento de no estar de acuerdo en ese terrible diagnóstico que no es V. el primero en propagar con la mejor buena fé del mundo; en esa muletilla que viene de boca en boca corroborando la más absurda de las preocupaciones: *No tenemos remedio*. Por el contrario, yo creo que el remedio está en la mano.

—¿Será V. por ventura, Sr. Facundo, de las personas que creen que vamos caminan-

do á pasos agigantados á nuestro completo engrandecimiento?

—No señor. Ni lo uno ni lo otro. Pero si á V. le parece, hablaremos primero del pesimismo.

--En hora buena.

—Vea V. Hay personas que remontándose á la cuestión de raza, creen que el origen de nuestros males depende del cruzamiento de las razas azteca y española; otros creen que es cuestión de clima, otros de altura, y los más de carácter. Y note V. esto: muy pocos son los que se refieren á nuestra educación.

—Y V. cree que en la educación está el busilis?

—Precisamente.

—Bueno: vamos á ver cómo plantea usted la cuestión.

—En primer lugar, debemos hacernos cargo de la descuidada y trascendentalísima importancia de la educación, y al efecto vamos á definir con exactitud esta palabra: *educación*.

Desde que el hombre se unió al hombre para formar la tribu, quedó sancionado el primer contrato social, y con la sanción del primer contrato la primera cláusula del código universal de la educación; el hombre contrajo el primer deber respecto á sí mismo y respecto á sus semejantes; la primera necesidad social engendrada por el interés personal tomaba la forma de pacto, y la primera enseñanza nació en el momento en que el hombre comprendió que no podía vivir solo. El hombre de la tribu contrajo el deber de la fidelidad á la tribu; y con el primer deber el primer derecho á los beneficios de la comunidad. La sociedad, pues, al nacer en los primeros grupos de la humanidad, instituyó para siempre el deber y el derecho como las dos bases incontrovertibles de su existencia. Las ventajas de la sociabilidad pusieron bien pronto de manifiesto la necesidad y la conveniencia de cumplir con el deber para alcanzar el derecho; y esta enseñanza es desde entonces la base fundamental de la educación. El adelanto pro-

gresivo de los asociados fué progresivamente multiplicando los deberes y los derechos, hasta llegar al deber de instruírse y al derecho á mejorarse.

La tribu educaba á los hombres para la tribu; la familia educaba á los hijos para la familia; la sociedad educaba á los hombres para la sociedad. Hoy la civilización educa á los hombres para la civilización. En consecuencia, educar es civilizar, y los primeros deberes del hombre se contraen exclusivamente á su educación, ó de otro modo: el primer deber del hombre en la civilización es civilizarse.

Los hombres ilustrados que descuidan la educación y el mejoramiento de las clases inferiores, cometen un crimen de lesa civilización.

Desde que se separaron en dos ramas los hijos de Adán y los hijos de Caín, la educación se dividió también en dos clases: en buena educación y en mala educación. Caín al matar á Abel cometió, según nuestro lenguaje actual, un acto de salvajismo; pero

como entonces no había ni salvajes ni civilizados, aquel homicidio fué, en la verdadera acepción de la palabra, una falta de educación.

La imperfección humana rompió bien pronto el equilibrio entre el deber y el derecho; y nacieron el egoísmo y la ambición; la educación entonces en vez de reconocer como base el bien procomunal en la forma sencilla y primitiva, propia de la simplicidad de las costumbres, fué inclinándose del lado de las malas pasiones; y desde entonces estas pasiones empezaron á hacer de la educación una arma y un poder. Fué necesario entonces que aquellas reglas que fueron primero una sugestión de la necesidad, y después una ley, se revistieran de mayor autoridad, y se recurrió á la autoridad del sol ó de otro poder sobrenatural para hacerlas respetables.

Así pues, la educación que al principio estuvo limitada, y de buena fé, á las necesidades de la tribu, su dividió, como las dos primeras ramas de la familia de Adán, en

dos escuelas, una de las cuales empezó á educar á los hombres para la guerra, que es un género de educación que ha inmolado muchos millones de hombres sobre la tierra con lo que queda probado que al hombre lo hace la educación.

Se ha puesto también en práctica el sistema de no educar, que es el que se emplea hasta ahora para hacer esclavos, no importa de qué amo ni de qué creencia. Y esto nos lleva naturalmente á sentar como principio que, la educación es inherente al hombre, y que desde que éste existe sobre la tierra se conduce en ella conforme á las reglas de su educación. El salvaje mismo no carece de ella puesto que consiste en la habilidad y destreza en el manejo de sus armas, y en el odio á las razas civilizadas. Todo lo cual prueba que no hay en el mundo personas sin educación, sino personas de educaciones diferentes: quiere decir, personas de buena educación y personas de mala educación.

El estado de civilización que alcanzamos define ya con datos sobrados cuál es la ma-

la y cuál es la buena educación; y una vez bien definidas, como lo están en el mundo, lo que toca ahora á la generación presente es difundir la buena educación en todas las clases sociales.

—Muy bien, señor Facundo, exclamó el señor gordo, arrojando todo el aire que se había tragado durante mi discurso. Quiere decir que la buena educación es la salvación de México y el camino de la prosperidad y del engrandecimiento y de...

—Exactamente.

—Afortunadamente verá V. que se está haciendo todo lo posible: la instrucción pública toma cada día más incremento y...

—No hemos llegado todavía en el orden de mis ideas á la instrucción pública.

—Pues qué diferencia establece usted entonces entre educación é instrucción pública?

—La educación empieza en la cuna, y la instrucción en la escuela. La educación es el modo de ser del hombre, la norma de su conducta y el criterio de sus actos, porque

es el conocimiento de sus deberes para consigo mismo, para con Dios y respeto á sus semejantes.

Los principios elementales de la educación respecto al niño se refieren á enseñarle á comer, á andar, á dormir, á levantarse, á vestirse y á todo lo que tiende á procurar que el niño se baste á sí mismo en el orden físico; y en el orden moral su educación se dirige á enseñarlo á obedecer, á sentir, á amar y á agradecer. Esta primera educación engendra necesariamente en el niño el talismán que lo llevará en el porvenir á su engrandecimiento; este talismán moral es: la dignidad personal y el respeto á sí mismo. Esta educación que empieza en la cuna prepara al niño para la escuela en donde comienza á instruírse.

Ahora bien: apelamos al testimonio de la conciencia pública y preguntamos: ¿Esta primera, indispensable y difícil educación del niño, que la naturaleza, la moral y la civilización han encomendado á la madre, se encamina á su objeto? ¿Se imparte con

talento? ¿Alcanza el fin que se propone? Estamos seguros de que la conciencia pública nos contesta negativamente.

El resultado de esta imperfección radical es el siguiente: El instinto, las contrariedades irracionales y las circunstancias entran en la educación del niño y forman al acaso su carácter, fomentan las malas inclinaciones y engendran los primeros defectos. En esta obra delicadísima y trascendental de los primeros años, trabajan sin darse cuenta de ello, la incuria de la madre, sus pocos alcances, sus preocupaciones y el cariño acendrado y ciego que busca el placer de la maternidad para la propia satisfacción y para ejercer una autoridad que cree indisputable y omnimoda, y un derecho de propiedad que cree sagrado é inatacable.

Dan testimonio de la veracidad de este aserto, los muchos padres de familia que creen que á los seis ó á los diez años sus hijos no están todavía en edad de educarse, y corroboran este aserto las dos ramas en que se bifurca la falange infantil, á imitación de

la familia de Adán, que se llamaron unos *hijos de Dios*, y otros *hijos de los hombres*. Los niños, ya desde sus primeros años están divididos en niños malcriados y niños bien educados.

En este estado de imperfección pasa el niño del seno de la familia al seno de la escuela, y aquí es donde tropezamos con el primer escollo de la educación y con la causa primordial y determinante de lo que colectivamente llamamos el caracter nacional.

¿El maestro de escuela recibe aquel embrión, aquella obra imperfecta, para ajustarla á un plan filosófico de educación que corrija los defectos contraídos, el desarrollo de los malos instintos y todo lo que incumbe á la educación moral del alumno?

Creemos también que la conciencia pública vá á contestarnos negativamente.

Con el caudal de la primera educación doméstica, el niño, al tocar la escuela, traza generalmente una línea en dirección opuesta cuando empieza á instruirse. Lleva sus defectos ocultos, y los sigue ocultando detrás

del aprendizaje del abecedario. Lleva malas semillas, que fructifican á la sombra misma de la instrucción reglamentaria; y solo cuando las faltas se revelan solas al través de los trabajos escolásticos, el maestro reprende, corrige y castiga. Por más que entren en el sistema de instrucción de las escuelas las lecciones de moral y de urbanidad, toman estos ramos el caracter de rudimentos enciclopédicos del plan de estudios que generalmente el alumno estudia para saber contestar cuando le preguntan.

Pero la obra delicada, laboriosa y trascendental de la primera educación, que va á formar el caracter y la moral del niño, ya no sigue su curso filosófico y natural, desde que el niño ya no es el hijo que se educa en el hogar paterno, sinó el alumno que se instruye en la escuela.

Hé aquí un gran escollo insuperable del magisterio y la diferencia radical entre educador é instructor; hé aquí como se puede atravesar impunemente el mar de la instrucción, conservando arraigados defectos mo-

rales y trascendentales faltas de educación.

Aún cuando el magisterio llegara al último grado de perfección, nunca se podría exigir que un maestro sustituyera, no á una, sinó á cien madres inteligentes.

El señor gordo, mi interlocutor, se fué á tomar la sopa, lo cual me obliga á despedirme de mis lectores hasta el artículo siguiente.

